

PRÓLOGO

No hay que buscar en esta obra lo que no hemos querido poner en ella.

Nos referimos, desde luego, a consideraciones acerca de “la reforma del Estado”, y especialmente del Estado belga de 1938. La reforma del Estado es, seguramente, un problema de gran actualidad, pero, si no nos equivocamos, es ante todo un problema moral, que implica una reforma de las costumbres tanto de los gobernantes como de los gobernados, y sólo secundariamente político, en el sentido de que la reforma debe afectar no tanto las líneas esenciales de la construcción cuanto los detalles de la organización, cuya importancia práctica es a menudo más considerable que la de aquéllas. Hay, por ejemplo, muchas maneras de practicar el régimen parlamentario: unas son excelentes y eficaces, otras mediocres o detestables. El contraste se explica, en un setenta y cinco por ciento, por una diferencia de espíritu, y en un veinticinco, por una diferencia de pura reglamentación, que traduce en realidad la primera. Sea lo que fuere, se trata aquí de doctrina y, por consiguiente, de principios, y si los principios, en materia política, deben forzosamente permanecer en contacto con la tierra, se remontan, al mismo tiempo, lo suficientemente alto para que pueda considerárseles en sí mismos, separados de ciertas modalidades de actualización.

Esto no quiere decir, empero, que esos principios fundamentales de la vida política no sean discutidos. Por el contrario, asistimos en nuestros días a una revolución profunda en los conceptos que, desde hace muchos siglos, se encuentran en la base de la filosofía del Estado. ¿Acaso no es para prevenir el éxito de esta revolución por lo que tantas personas prudentes preconizan una “reforma del Estado”? Mas, puesto que hay discusión, se impone una revisión, o mejor, un reexamen de valores. Precisamente el resultado de ese trabajo de reflexión es lo que se encontrará consignado en las páginas de esta obra, trabajo realizado con entera buena fe, sin gran aparato de erudición y de acuerdo con un plan más bien positivo que crítico.

Si, en definitiva, los valores tradicionales salen del análisis confirmados, poco importará al autor no haber “aportado nada nuevo”. Los grandes principios de la civilización humana y cristiana no son nuevos. Tampoco son viejos. Se contentan con ser siempre verdaderos, a pesar de sus enemigos decididos, que oponen doctrina a doctrina; y a pesar también de los relativistas de toda especie, que se figuran que la ciencia digna de ese nombre excluye necesariamente la doctrina.

Lovaina, 10. de agosto de 1938.